

OPINIONES Y ENSAYOS

Semblanza del Profesor Alfredo Rubiano Caballero

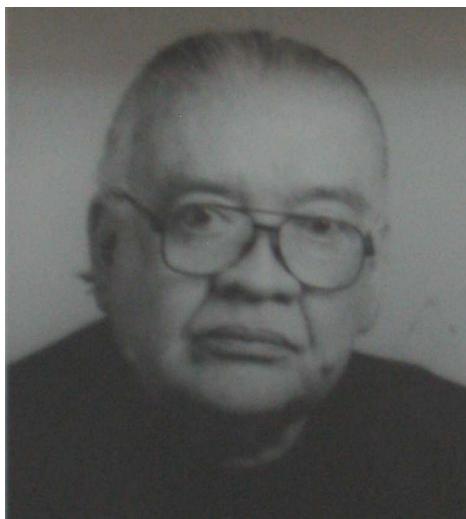
Carlos Arturo Florido Caicedo

Profesor Asociado - Departamento de Morfología

Facultad de Medicina – Universidad Nacional de Colombia

cafloridoc@unal.edu.co

SEMLANZA DEL PROFESOR ALFREDO RUBIANO CABALLERO



Una tarde del mes de septiembre de 1980 – hace 28 años- asistía yo junto con otros tal vez ciento setenta o doscientos compañeros de las carreras de Odontología y Medicina a una clase en el auditorio 121 (hoy 122) de la Facultad de Medicina en la Universidad Nacional de Colombia. El profesor a cargo de la clase era el Doctor Alfredo Rubiano. De un momento para otro, el profesor hizo una pausa en su disertación, encendió del todo las luces, ascendió lentamente por las escalas del auditorio y se detuvo frente a uno de los asistentes a quien dijo: “Oiga maestro: ¿Usted no pertenece a este curso, verdad?” al no recibir respuesta alguna, le exigió mostrar su carné de estudiante y como no lo tenía le ordenó que abandonara el recinto.

Creo que ésa fue la primera vez que este hombre me sorprendió; tenía la capacidad de conocer y no olvidar los rostros, los nombres, los apellidos y en muchas ocasiones las historias de vida de sus discípulos. Esa capacidad terminó por convertirse en una

verdadera leyenda. No eran pocos los médicos que llenos de asombro, le contaban a uno que años después de haberse graduado, se habían encontrado con él y los había saludado por su nombre y les había preguntado por sus vidas y por las de sus familias.

El profesor Alfredo Rubiano Caballero había nacido en Girardot (Cundinamarca) el 9 de noviembre de 1932. Su madre, Doña Julia Caballero que también había nacido en Girardot, estudió en un colegio de monjas salesianas y antes de terminar el bachillerato se casó con quien sería el padre de sus cuatro hijos: Don Juan de Jesús Rubiano. Juan de Jesús era mecánico de locomotoras en la vía Bogotá - Tolima - Huila (que partía de la Estación de la Sabana y terminaba en un lugar llamado Santa Librada -hoy Fortalecillas- al norte de Neiva). Aunque llegó a ser contramaestre (el grado más alto dentro de los mecánicos ferroviarios) los recursos económicos con los que contaba la familia Rubiano Caballero eran más bien escasos y por tal motivo Julia hubo de trabajar desde muy joven comercializando leche.

Juan de Jesús que había nacido en Bojacá (Cundinamarca) murió a los 72 años luego de un infarto fulminante y nunca permitió que lo llamaran por su nombre completo; siempre se presentó como “Juan de Jota” por que tal vez por la influencia de su padre, agnóstico, liberal y masón, se había declarado ateo (gracias a Dios).

Alfredo fue el mayor de cuatro hermanos (ellos eran Alfredo, Germán, Mario y Julia María -catorce años menor que Alfredo-) y vivió durante su infancia en su Girardot natal en donde hizo sus estudios de primaria y hasta tercero de bachillerato en el Colegio Santander. En 1946, le fue otorgada una beca para que se trasladara a estudiar a Bogotá a donde vino a vivir con un hermano de su madre en la localidad de Fontibón y donde terminó su bachillerato en el Colegio Mayor de San Bartolomé en 1949. Aunque ya conocía la Capital ya que solía viajar a pasar vacaciones en casa de su tío, en estos primeros años en Bogotá que estuvieron signados por la Compañía de Jesús y por su militancia en el gaitanismo, la vivió. De hecho, estando en Bogotá lo sorprendieron los gravísimos sucesos del 9 de abril de 1948.

Después comenzó sus estudios de Medicina en la Universidad Nacional de Colombia. Allí gracias a sus calificaciones, también fue becado. La beca comprendía la alimentación y la residencia universitaria en donde años más tarde se construirían las llamadas: “Residencias Camilo Torres” en honor al insigne cura Capellán de la Universidad a quien el profesor Rubiano admiró profundamente. Y es que él heredó de su padre su compromiso por las causas sociales, su sentido crítico y su liberalismo militante, pero no su ateísmo. Alfredo fue un gran católico (también gracias a Dios).

En la Universidad Nacional fue discípulo de anatomía de los Doctores Cadena, Santacoloma, Castro y Márquez Villegas (el que fecundaba vagabundas solía decir, haciendo referencia a la muy famosa nemotecnia de las capas de las bolsas testiculares). Fue precisamente el Doctor Márquez quien le ofreció una monitoría para que lo ayudara en

las prácticas de anfiteatro de Anatomía segunda, encargo por el que recibía la muy poco despreciable suma de \$ 48.00 mensuales. Su ayudantía al Doctor Márquez no obstante, no se limitaba al trabajo en el laboratorio sino que en ocasiones él lo ponía en el incomodo trabajo de dictar algunas de sus clases. Digo “incómodo” porque de alguna manera esto le pudo haber causado una cierta animadversión por parte de sus compañeros por ser lo que ahora podríamos denominar “un sapo”, pero que lo aficionó definitivamente por dos cosas que serían unas de sus pasiones por el resto de sus días: la docencia y la neuroanatomía.

Se graduó como Médico en la promoción de 1955 (aunque la ceremonia, por circunstancias administrativas se llevó a cabo en mayo del 56) luego de aprobar con éxito los duros exámenes preparatorios y fue grado de honor por haber obtenido los más altos promedios de calificaciones. Este hecho le valió la adjudicación de una beca para cursar estudios de posgrado en los Estados Unidos. Por tal motivo, hubo de suspender su medicatura rural que adelantaba en la población de San Antonio del Tequendama (Cundinamarca).

Estudió en la Universidad de Pensilvania dos y medio años entre 1961 y 1963, haciendo un curso de profundización en “Ciencias Médicas Clínicas correlacionadas con Ciencias Básicas”. De allí tal vez su inclinación por la morfología funcional y clínica que siempre estuvo presente en su quehacer docente, en especial por lo que tenía que ver con el sistema endocrino y la neuroendocrinología. Por esto siempre se dijo que el Doctor Rubiano había viajado a los Estados Unidos a especializarse en Endocrinología y había tenido que abandonar sus estudios y regresar a Colombia a raíz de la muerte de su padre.

Juan de Jota en efecto murió en 1962 pero Alfredo solo pudo regresar al País al año siguiente, en septiembre de 1963, una vez terminados sus estudios, con el dolor de no haberlo podido acompañar hasta la tumba.

A su regreso a Colombia, terminó su medicatura rural en San Antonio del Tequendama y luego trabajó como Director del Hospital San Vicente de Paúl de San Juan de Ríoseco y como Médico General en Gachalá (Cundinamarca).

A pesar de los diversos lugares en los que trabajó, desde su regreso al País vivió con su madre Doña Julia a quien acompañó por casi tres décadas más hasta su muerte que sobrevino luego de larga enfermedad.

El Profesor Alfredo Rubiano ingresó como docente a la Universidad Nacional de Colombia el primero de septiembre de 1965, “por pura casualidad” según sus palabras. Durante sus estudios de pregrado había conocido a José Perea un español vasco, que fue su compañero y amigo en esa época. El Doctor Perea era profesor de histología en la facultad de Medicina desde 1960 año en el que a raíz de la llamada “Reforma Paredes” un importante grupo de profesores dentro de los que se encontraban por ejemplo, el Doctor Darío Cadena quién emigró a la Universidad del Rosario y el Doctor Carlos Márquez que hizo lo propio con la Universidad Javeriana, había renunciado a la Universidad Nacional.

Fue justamente el vasco Perea quien luego de encontrarse con Rubiano en Gachalá, le propuso llevarlo a la Universidad. Allí le presentó al Doctor José María Restrepo Isaza, Patólogo, quien era el Director transitorio del Departamento de Morfología. Alfredo cuenta que tal vez le cayó en gracia porque hablaba muy bien el Ingles y él había vivido en Inglaterra. Lo cierto es que Alfredo Rubiano comenzó su carrera como Instructor Asistente; al año fue Instructor Asociado y cuatro años después luego de otra crisis de la Universidad en 1970, fue nombrado Director del Departamento de Morfología. Este cargo salvo algunas interrupciones, lo ocupó hasta 2002 cuando se jubiló. Fue Vicedecano Académico entre 1972 y 1975, 1977 y 1978, y 1992 y 1994. En 1990 fue nombrado Decano pero no aceptó. Luego de jubilarse, continuó siendo Profesor Especial del Departamento hasta su muerte.

Durante su vida como docente se preocupó por reformar la manera como se abordaba la enseñanza de la Morfología. De hecho contaba, que al llegar al Departamento y asistir y revivir aquellos tormentosos exámenes orales a los que eran sometidos los estudiantes de Anatomía, se había hecho para sí mismo, el propósito de -si algún día llegaba a la Dirección- abolir ésas y otras prácticas. En efecto, así lo hizo y eso le valió la animadversión y casi la enemistad de algunos de aquellos profesores “clásicos” del Departamento.

El Profesor Rubiano impulsó además la histología como parte esencial de los estudios morfológicos. Él cultivó un especial interés por la neurohistología, terreno que había comenzado a recorrer a raíz de su conocimiento de la vida y obra de Don Santiago Ramón y Cajal uno de sus personajes predilectos.

Bajo su tutela se creó el primer programa de Maestría en Genética Humana del País, que hoy día continúa siendo el posgrado bandera de nuestro Departamento.

Pero más allá de sus realizaciones académicas, el Profesor Rubiano vivió por sus estudiantes de quienes no solo fue Maestro sino amigo y consejero. Él trató a sus discípulos como a los hijos que nunca tuvo. Fue un soltero empedernido casi hasta el fin de sus días; cinco años antes de morir, contrajo matrimonio civil con María Luisa la mujer que lo acompañó y cuidó durante más de treinta años. Siendo como era creyente, pidió a su amigo el cura y filósofo Alfonso Rincón que fuera el testigo y oficiante de su renovación de votos en una ceremonia religiosa, privada, apenas unos días antes de morirse en su apartamento.

El Doctor Rubiano recibió en vida todos los honores que otorga la Universidad Nacional de Colombia. Recibió en varias ocasiones la distinción de Docencia Excepcional, fue desde muy joven (a los 48 años) Profesor Emérito, y se lo condecoró con la Orden Gerardo Molina, máxima distinción que otorga a sus docentes nuestra Ama Mater.

Yo tuve la oportunidad, digo mal, el privilegio de conocer a Alfredo Rubiano. De ser su alumno, su amigo, su compañero de trabajo, su médico y hasta su jefe (no necesariamente en ése orden).

Tal vez nos comenzamos a conocer gracias a algunos intereses comunes como nuestra proclividad por el Francés, idioma que él conocía y hablaba perfectamente desde sus épocas de estudiante de bachillerato cuando su profesor de Francés – Monsieur Magot – le hacía leer y memorizar textos completos de autores clásicos en ésa lengua.

Pero nuestra amistad no solo giraba e torno al Francés. También tuvimos otros intereses comunes: la música, el cine, la política y por supuesto, el vino. Claro que en este punto tengo que reconocer que él prefería beber aguardiente. Supe entonces de su gran afición por la literatura de la que en una época fue consumidor insaciable, de su pasión por el cine, por Hitchcock (alguna vez me dijo que para él, la mejor película jamás hecha era La ventana indiscreta) por los directores italianos (también hablaba Italiano) y por supuesto, por los Franceses.

Su afición por la música era digámoslo, más o menos promiscua; se movía por ejemplo, desde la música de cámara y la pasión según San Mateo hasta las canciones de Alci Acosta pasando por supuesto, por la música colombiana en especial por la andina (fue un excelso bailarín de bambuco), la internacional en inglés, francés, portugués e italiano naturalmente (luego del tercer o cuarto brindis solía cantar y casi nunca faltaba el “nel blu di pinto di blu” de Modugno).

Era también lo que podría llamarse una “buena muela”. Disfrutaba comer. Lo disfrutaba tanto como hablar de política. Fue liberal toda su vida y siempre sostuvo que la situación del País era bastante dura pero muy poco seria (como solía decir su abuelo).

Alfredo murió el 29 de enero de 2008, por un carcinoma de colon que lo fue consumiendo poco a poco. Tuve también el privilegio de acompañarlo como su amigo y como uno de sus médicos durante sus últimas semanas de vida.

En nuestra última conversación que ni él ni yo sabíamos que habría de ser la de la despedida, me dijo: “ Carlitos, mijo: no te olvides del gatopardo; no te vayas a parecer a él”

Lampedusa decía que el gatopardo decía: “cambiémoslo todo para que todo siga igual”...